



Carta de Navidad

1976

CASA GENERALIZIA
dei Fratelli delle Scuole Cristiane
Via Aurelia, 476 ● C.P. 9099
I - 00100 Roma, Italia

Roma, a 8 de diciembre de 1976,
en la fiesta de la Purísima Concepción

Querido hermano:

La Navidad del Señor y el Nuevo Año me ofrecen ocasión privilegiada para dirigirte unas palabras de saludo, expresión de mis sinceros deseos para contigo. Quiera Dios, por el misterio de su venida al mundo, concedernos abundancia de paz y gozo a lo largo de estas fiestas y de todo el año 1977, ya inminente. Paz y gozo, dos frutos de la presencia del Espíritu, por encima y más allá de las contingencias que con frecuencia amenazan a estos bienes, ganados para nosotros por el Señor en su venida, y anunciados, con ocasión de ella, por el ángel.

Posiblemente hemos tenido oportunidad ya de intercambiar un saludo, oralmente o por escrito. O, tal vez, es ésta la primera ocasión que tengo de saludarte de modo personal, en la medida que la comunicación simultánea con tantos hermanos lo permite. En uno u otro caso, quiere esta carta ser signo y fomento a la vez de unas relaciones que nos unen verdaderamente y que deben ser más y más efectivas en el conocimiento y amor de la misión en que participamos. Al ofrecerte con toda sinceridad mi afecto y mi colaboración, me atrevo a esperar, al modo del Apóstol Pablo (2 Cor. 6:11-13), una reciprocidad que nos

servirá para mejor cumplir los designios de Dios sobre nosotros. Si tal reciprocidad alcanza hasta comunicarme tus personales impresiones, mi gozo sería cumplido. Nunca temas importunar al Superior: no le faltan cuidados... pero, sin duda, el primero ha de ser el de atender a sus Hermanos y, hasta donde sea posible, hacerlo personalmente.

La coyuntura de las fiestas navideñas nos mueve, en efecto, a expresar y avivar el afecto y confianza fraternales. Es la conmemoración del grato anuncio, del « evangelio » o nueva dichosa, de nuestra salvación. De una salvación que nunca alcanzamos a poseer plenamente, menos aún definitivamente, en este mundo. Pero que nos empeñamos en realizar cada vez mejor luchando contra los obstáculos que a ella se oponen en nosotros y en los demás. ¿No es cierto que, en estos días mejor que en otros, encontramos razón para recordarnos que somos, tú y yo, *evangelizadores*? Tiempo y sazón de interrogarnos una vez más, y sobre todo con miras al nuevo año, sobre esa nuestra condición y para animarnos a vivirla más radicalmente. Para « evangelizarnos » mutuamente, de modo que podamos mejor evangelizar a los otros, según aquello de « Evangelii Nuntiandi », párrafo 13.

Te invito, hermano, a hacer conmigo *un acto de fe en nuestra misión*. « La tragedia apostólica de muchos es que no creen en la misión », se ha escrito recientemente (1). Somos evangelizadores y hemos de serlo aún más auténticamente durante el año que empieza. Como Iglesia, y como Instituto de La Salle, somos y queremos ser « una comunidad evangelizada y evangelizadora, integrada por hombres que acogen con sinceridad la Buena Nueva y se asocian en el

(1) Segundo Galilea en « Vivir el Evangelio en tierra extraña », p. 36 (Ed. Indoamerican Press Service, Bogotá, 1976).

nombre del Señor Jesús para buscar juntos el reino, construirlo, vivirlo » (2). Navidad cobra nuevo sentido para nosotros, y el nuevo año ofrece perspectivas más estimulantes, cuando recordamos que nuestro empeño, nunca cumplido y siempre renovado, es continuar como protagonistas la historia que se inició hace casi 2000 años, exactamente en la fecha que ahora conmemoramos.

Nos lo decía Pablo VI, con particular vehemencia y calor, a los 18 Superiores y Superiores Generales representantes de las respectivas Uniones, durante la audiencia que nos otorgó el pasado 6 de noviembre. Una audiencia extraordinaria por su duración y por su intimidad, en la biblioteca privada del Papa. « Quiénes sois vosotros en la Iglesia? — nos comentaba el Pontífice —. Los seguidores de Cristo, sus imitadores... servidores como El... sus testigos... los operarios de la caridad y, en la medida en que la practicáis, modelos de un elevado tipo de vida: el Evangelio... Esperamos que estas palabras, por medio de vosotros que ahora las escucháis, sean transmitidas a todos los miembros de vuestras congregaciones y por ellos meditadas... ».

Esta transmisión del mensaje de Cristo y de la voz de su Vicario en la tierra, la « traducción » de tal mensaje y de tal voz, no sólo a las lenguas sino también a los cuadros culturales en que el Evangelio debe encarnarse con fisonomía propia, nos compete a los religiosos, a ti y a mí entre ellos, de modo particular. Es tarea y consigna que debemos tomar muy a pechos doquiera trabajemos, ya en países de vieja cristiandad, ya en pueblos en que acaba de asomar la luz del Evangelio... Es la nota dominante del esfuerzo misionero entre los pueblos a los que llegó más tarde la palabra evangélica: pugnar por inculturar

(2) Evangelii Nuntiandi, 13.

o encarnar verdaderamente la vida religiosa y la acción apostólica y social de la Iglesia en sus modos de vida, con cuidadosa atención a sus valores propios. Queremos seguir con todo empeño esta orientación, colaborando con nuestros Hermanos oriundos de tales culturas, a quienes corresponde ahora una iniciativa y una responsabilidad muy singulares en este orden. A tal respecto, y por lo que personalmente me atañe, he reanudado la participación en los encuentros del grupo RCAM (« Rencontres de Coopération Africano-Malgache ») que mantiene el diálogo directo Superiores Generales-Conferencias Episcopales Africanas, en relación con los grandes problemas de la pastoral en Africa. Concretamente se trata ahora el tema de la inculturación de la Vida Religiosa en Africa y Madagascar, ya estudiado inicialmente en la pasada reunión de Acra (mayo de 1976), en la que intervino el H. Charles Henry. La reunión principal de 1977 será también en el mismo lugar y mes.

Una actividad evangelizadora que nos es más característica y que ha de permanecer en primera fila de nuestros cuidados es la *Catequesis*. Lo hemos de recordar y trabajar particularmente durante este año 1977, en que tendrá lugar un Sínodo Universal consagrado exactamente a este tema: « La Catequesis en nuestro tiempo, especialmente para los niños y jóvenes ». Creo que admitirás conmigo que pocos temas nos podían parecer más nuestros. Las graves palabras de mi predecesor en su « Carta de Navidad, 1976 » (p. 6) y el testimonio no menos claro de las deliberaciones capitulares (1) nos invitan a estudiar y remediar esta crisis, ya que afecta al mismo sentido determinante de nuestra vocación eclesial. Vamos, pues, a colaborar generosamente en el esfuerzo de reflexión,

(1) Circular 403, p. 52.

de evaluación y de puesta al día de la catequesis — la nuestra y la de los demás — para que mejor responda a las necesidades y al lenguaje de hoy. Todo ello en Iglesia y con la Iglesia, local y universal.

Será éste uno de los aspectos fundamentales de esa *conversión* a la que el Capítulo nos llama. No nos asuste la palabra, pues denota un empeño que ha de llenar toda la vida, un proceso en que cada año debe representar una etapa y una incitación. Eso ha sido el Capítulo fundamentalmente: una llamada a la conversión de cada uno de nosotros. El interés que se aprecia en tantos distritos por el estudio de sus textos, y que se evidencia en el pedido de un número considerable de ejemplares de la Circular del Capítulo después de su distribución, indica que así lo han entendido todos. El Cardenal Pironio afirmaba en artículo reciente esa condición esencial de todo Capítulo General: « Un Capítulo — dice — se mide, no por la profundidad o por la belleza de sus documentos, sino por su capacidad de transformar la inteligencia y el corazón de todos ». Quiera Dios, y todos lo procuremos, que ésta sea la nota distintiva del último Capítulo.

Tal conversión progresiva la queremos procurar *en comunidad*. Porque eso es lo nuestro: ayudarnos, iluminarnos, animarnos y moderarnos recíprocamente, construyendo así, día tras día, una comunidad capaz de preparar un mundo nuevo, una juventud nueva. Ni vamos a esperar que nos den tal comunidad ya suficientemente hecha, ni a enfadarnos demasiado — ¡menos aún desanimarnos! — porque siempre nos quede en esto mucho por hacer... Pongamos concretamente tú y yo en el esfuerzo todo el tiempo que nos podían hurtar los lamentos sobre tales o cuales deficiencias solidarias. Tal tiempo nos urge para crear unas comunidades « fraternas y apostólicas », en que podamos hallar siempre

- la inspiración del Evangelio a través de La Salle;
- el encuentro con Dios en la realidad de cada día;
- una acción profética... entre niños y jóvenes;
- un compromiso comunitario al servicio de esos jóvenes, particularmente los más pobres;
- un *proyecto comunitario* que incluye la reactivación de los elementos esenciales de nuestra vida... y es instrumento de formación permanente.

Mejorando nuestra comunidad, evangelizamos y mejoramos la Iglesia. El mismo Capítulo fue un acontecimiento eclesial, y como tal considera acertadamente el mismo Cardenal a todo Capítulo General. « Un Capítulo — dice — no es historia privada de una congregación o instituto. Es esencialmente acto eclesial. En doble sentido: toda la comunidad eclesial tiene algo que decir en un Capítulo ... y los frutos de él benefician a toda la comunidad eclesial ». Estamos en el año en que se han de sazonar y brindar las primicias de esos frutos en bien de la Iglesia. Ciertamente, cuando vemos nuestro quehacer en esta verdadera dimensión profunda, queda malparado todo empeño excesivamente individualista. Avanzar y construir juntos, como hermanos, eso es, repito, lo nuestro.

Vamos, pues, a empeñar todo nuestro saber y entender en fraguar y realizar con los demás Hermanos este *proyecto comunitario* al que acabo de aludir. Personalmente, he querido contribuir de modo directo, solo o en compañía de mis consejeros, a animar la preparación de tales proyectos en los sectores del Instituto más vecinos a la Casa Generalicia. Encon-

traremos también ocasión de estudiarlos y animarlos en otras áreas a las que pronto habremos de acudir, en una serie de visitas que se orientarán prioritariamente a los países en que se fraguan nuevas regiones. Vamos ya fijando nuestro calendario, según las sugerencias o invitaciones que hemos recibido, atendido el orden de necesidades.

Lo que más interesa es que tales proyectos se orienten siempre a un servicio mejor y más evangélico de los grupos humanos en que nos movemos. Nuestro proyecto comunitario no merecería llamarse cristiano si no nos llevara, mediante una mejor estructuración de nuestra vida interna y el mejor potenciamiento de las capacidades de todos,

- a ser más pobres entre los pobres para mejor servirlos, mejor entenderlos y ser de ellos mejor comprendidos;
- a anunciar y procurar la liberación en Cristo de todo el hombre y de todos los hombres;
- a testimoniar y hacer triunfar el amor, la caridad cristiana, como expresión desinteresada y actuante de ese amor nuevo que Cristo nos trajo (Jn. 13:34);
- a luchar porque el mundo sea más justo, ya que sin verdadera justicia no puede tener sentido el hablar del amor, ni cabe anunciar coherentemente la verdad de que nos sentimos portadores.

En esta comunión de afanes apostólicos quedamos unidos para el año que empieza con la Iglesia universal y local. Unidos también en la acción con otros grupos humanos que lealmente pugnen por alcanzar tales fines, aunque lo hagan movidos por diversas motivaciones. Ante la exigencia y la complejidad de estos afanes, estudiemos y decidamos en

común los medios para mejor actuarlos, para « no gastar la pólvora en salvos » ni perdernos en alocados intentos sin mañana. Con ese fin, y a nivel de Consejo General, he pedido al H. Vicario John Johnston que colabore asiduamente en los estudios y encuentros de la Comisión Pontificia « Justitia et Pax », como toma parte de modo destacado en los estudios sobre el Fundador. En la Iglesia y en La Salle queremos encontrar el modo de servir a los jóvenes y a los hombres de hoy en un momento delicado de la Historia. Y de ti también espero, a nivel regional o local, análoga cooperación.

Sin haberlo procurado deliberadamente, resulta, al terminar estas reflexiones, que a lo largo de ellas han aparecido varias de las pistas ofrecidas por el H. Charles Henry en su último mensaje navideño. Es natural que así sea. Misión y evangelización, misiones y empeño por mejorar las relaciones humanas, por humanizar al hombre en Cristo... son, con la preocupación de edificar día a día nuestra comunidad a tal fin, los grandes y actuales objetivos que Dios nos invita a adoptar, en correspondencia apropiada al regalo de su venida al mundo. Y para asegurar los frutos de tal venida. Colaborando, como La Salle lo quiso, en la realización del designio salvífico que El tiene sobre el mundo (Cf. Meditaciones 193 y 194). Ahí es donde la Iglesia nos llama (1). Y donde el Capítulo nos invita a integrarnos en una comunidad que « se muestre atrayente a numerosos jóvenes interpelados con vigor por el ideal de La Salle » (2), de modo que merezcamos y logremos que se unan a nosotros.

Ciertas decepciones pueden constituir para algunos una tentación contra la esperanza y comprometer su ardor en responder a los desafíos de hoy y

(1) Cf. Evangelii Nuntiandi, passim.

(2) Circular 403, p. 52.

del mañana inmediato. Afirme esa nuestra confianza, siempre más o menos frágil, el recuerdo de la « Virgen fiel », Madre nuestra y Madre de la Iglesia, « estrella de la evangelización... en estos tiempos difíciles y llenos de esperanza », como el Papa la llama en « Evangelii Nuntiandi » (n. 81). A Ella confió La Salle su Instituto en los momentos más decisivos de sus comienzos. A Ella lo confiamos una vez más hoy. Supla Ella nuestras limitaciones y encienda nuestros entusiasmos. Guiados por tal estrella, entramos con serenidad y decisión en este nuevo año 1977 que, repetidamente y con todo afecto, te deseo santo y feliz.

Muv cordialmente, en La Salle,